

acompañado por su esposa Josefina y otros familiares, falleció el 27 de abril de 1937. Su cuerpo fue trasladado a Mañeru para recibir sepultura.

No deja de ser simbólico que, el mismo día de la trágica muerte del requeté navarro Mateo Arbeloa, se hubiese conocido en el “Tercio Navarra” la noticia de que el 19 de abril (día en que Mateo escribió la última carta a su esposa Josefina, desde un caserío de Olaeta), se había publicado un decreto que unificaba al Requeté y a la Falange. Entre los requetés la noticia cae como una bomba. Su reacción es de asombro. Están desconcertados. No entienden cómo se ha podido decidir un hecho así sin contar con los hombres del frente, quienes con su sangre están salvando España.

Las Últimas Cartas del Requeté nos desvela también cómo en la Guerra Civil murieron los mejores, tal y como

recuerda Víctor Manuel Arbeloa en su poema *Aquella Navidad*. Miles de requetés murieron defendiendo sus ideales, la religión y la libertad. Con ellos murió, también, una gran parte de aquella comunidad secular de personas buenas, de sentimientos humildes y patrióticos, de recias convicciones católicas y, por ende, de universal tolerancia y entendimiento para la convivencia entre diferentes. Puede decirse, sin acrimonia, que los Requetés carlistas fueron los grandes perdedores de la victoria de la Guerra Civil, sin cuya sangre derramada no hubiera sido posible. Y que, si bien fueron y siguen siendo los grandes ignorados por la Historia, algún día no muy lejano esa misma Historia les hará justicia. Mientras tanto queda el consuelo de que, ante Dios, jamás fueron ni serán héroes anónimos.

LUIS NEGRO MARCO

SERRANO OCEJA, José Francisco, **Iglesia y poder en España. Del Vaticano II a nuestros días**, Madrid: Arzalia Ediciones, 2024, 375 p., ISBN: 9788419018533.

El pasado mes de octubre salió a la calle el último libro de José Francisco Serrano Ocea, Catedrático de Periodismo de la Universidad CEU San Pablo. Una aportación ciertamente muy interesante porque en los últimos tiempos se ha publicado bastante poco sobre la Iglesia Católica española post-conciliar, a pesar de la importancia y relevancia del tema.

Así, lo primero que debe reconocerse al autor es el ejercicio de valentía que ha realizado, ya que él no es

historiador, sino docente y periodista, pero, a pesar de ello, se ha atrevido a entrar en el campo de los historiadores de la Iglesia española. Y lo ha hecho con acierto, ya que su obra, con todas las críticas que se pueden y deben hacer, ofrece una lectura bastante amena y completa de los hechos recientes vividos por el catolicismo español. Eso sí, el subtítulo del libro, debemos adelantar, es completamente erróneo: habla “Del Vaticano II a nuestros días”, pero, ni comienza con el

Vaticano II (tema que no se aborda hasta la página 127 cuando la primera página de su obra es la número 11), ni tampoco concluye en “nuestros días”, ya que, en la práctica, el libro finaliza en noviembre de 2002, cuando la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal decidió aprobar uno de sus mejores documentos, titulado *Valoración moral del terrorismo, de sus causas y de sus consecuencias*.

Algo, por otra parte, comprensible: los principales protagonistas de los tiempos posteriores aún siguen, en la mayor parte de los casos, vivos. Salvo dos de los tres pontífices (Juan Pablo II y Benedicto XVI), viven todos los presidentes que ha tenido la Conferencia Episcopal en ese tiempo (Antonio María Rouco, Ricardo Blázquez, Juan José Omella y el actual presidente, Luis Argüello), todos los secretarios generales (Asenjo, Martínez Camino, Gil Tamayo y García Magán) y la inmensa mayoría de los obispos que protagonizaron aquella época. En realidad, respecto a la cúpula episcopal, sólo ha fallecido el Cardenal Sebastián, Vicepresidente de la Conferencia Episcopal entre 2002 y 2005. Así que parece claro que Serrano Ocea ha querido rehuir polémicas innecesarias pero, como decimos, entonces ese subtítulo no tendría que haberse puesto, ya que en parte se no corresponde con lo que se lee a continuación.

Ello no obsta para que el relato de José Francisco Serrano Ocea resulte muy interesante para el lector: todos los temas importantes, como

el pobre papel realizado por el episcopado español en el Concilio Vaticano II; el cambio de mentalidad del episcopado y de muchos sacerdotes en décadas posteriores; el grave conflicto que se vivió en la Universidad Pontificia de Salamanca que obligó a enviar un “visitador” de Roma (el Cardenal Javierre) para intervenir ante las constantes huelgas de alumnos; la Asamblea Conjunta de Obispos y Sacerdotes; la emergencia del liderazgo del Cardenal Vicente Enrique y Tarancón de cara a que la jerarquía católica apoyara con claridad la llegada de un régimen democrático; e incluso las pugnas entre los obispos y los gobiernos socialistas presididos por Felipe González (1982-1996), con la enseñanza en el centro del debate público, son todas ellas abordadas con la suficiente hondura por Serrano Ocea.

En relación con ello, el punto más débil de libro sea el poco peso que da a la intervención de la Santa Sede en determinadas cuestiones. Jean Villot, Secretario de Estado durante el pontificado de Pablo VI (1963-78), es citado en sólo dos ocasiones, y no hay la más mínima mención ni a Agostino Casaroli, Secretario del Consejo para los Asuntos Públicos de la Iglesia con Pablo VI y luego Secretario de Estado con Juan Pablo II, ni a Giovanni Benelli, el Cardenal-Arzbispo de Florencia que estuvo a punto de ser elegido pontífice en el cónclave de octubre de 1978 y que antes fue, primero, Consejero de la Nunciatura Apostólica en Madrid en tiempos de Antonio

Riberi (1962-67) y luego Sustituto de la Secretaría de Estado con Pablo VI.

En cambio, el autor sí analiza pormenorizadamente a todos los nuncios entre 1962 y 1996: el citado Antonio Riberi, Luigi Dadaglio (a quien atribuye acertadamente un papel fundamental en la completa renovación del episcopado español), Antonio Innocenti y Mario Tagliaferri (aunque, por razones que desconozco, no menciona al último Nuncio en España del siglo XX, Lajos Kada).

En cuanto a los elementos más controvertidos de su relato histórico, el más importante es, con diferencia, el que tiene que ver con el sucesor de Casimiro Morcillo al frente del Arzobispado de Madrid-Alcalá. El autor sostiene que el elegido por Roma para suceder a Morcillo, fallecido en mayo de 1971, era Marcelo González Martín (popularmente conocido como “Don Marcelo”), pero que, cuando ya estaba todo prácticamente hecho, la intervención de Carmen Polo, mujer del General Franco, llevó a que finalmente el elegido fuera Vicente Enrique y Tarancón, Arzobispo de Toledo y cardenal desde abril de 1969. Se basa para ello en la versión que da quien fuera secretario personal de “Don Marcelo” (Santiago Calvo), versión que, por otra parte, ha sido respaldado por la completísima tesis doctoral de Gonzalo Pérez-Boccherini Stampa, titulada *El alma católica de España*, tesis que fue defendida en 2022 en la Universidad San Dámaso y publicada al año siguiente en la editorial *Homo legens*.

Quien escribe estas líneas disiente claramente de lo afirmado por Serrano Ocea, porque éste no tiene presente la seguramente importancia decisiva en todo lo sucedido por parte de Giovanni Benelli. Y es que en el tiempo en que Benelli estuvo en la Nunciatura en Madrid (primera mitad de los sesenta), éste pudo conocer de primera mano la mentalidad de la mayor parte de los obispos de aquella época. Tarancón llevaba en el ostracismo desde que en 1950 publicara la pastoral *El pan nuestro de cada día, dánosle hoy*: a pesar de ser precoz obispo nombrado para la ilerdense diócesis de Solsona, no lograría promocionar mientras su compañero de generación (Morcillo era de 1904 y Tarancón de 1907) lograba pasar, de manera consecutiva, de Auxiliar de Madrid-Alcalá, a luego primer Obispo de Bilbao, a continuación Arzobispo de Zaragoza y, finalmente, desde 1964, primer Arzobispo de Madrid-Alcalá (en aquel año tanto Madrid-Alcalá como Barcelona pasaron de meras diócesis a archidiócesis, desplazando en importancia a los arzobispados históricos, que no eran otros que Toledo y Tarragona).

Según Serrano Ocea, era Morcillo quien había logrado sacar a Tarancón de Solsona en 1964, mandándole a Asturias, pero seguramente esto no fue obra de Morcillo, sino más bien de Benelli. Por otra parte, no resulta descabellada la idea esgrimida por Serrano Ocea de que fuera Carmen Polo quien estuviera detrás de la designación de Tarancón para Madrid-

Alcalá, ya que, a fin de cuentas, la mujer del General Franco era asturiana y pudo tratar de primera mano a Tarancón entre 1964 y 1969, arzobispo de la diócesis asturiana en aquellos años. Pero debe recordarse que hay bastante unanimidad entre los historiadores en que el llamado “entorno de El Pardo” (Doña Carmen Polo y sus personas más cercanas), realmente no fue realmente influyente hasta diciembre de 1973-enero de 1974, cuando se decidió que Carlos Arias Navarro fuera el nuevo Presidente del Gobierno. Arias Navarro nunca debía haber sido Presidente del Gobierno por su acreditado nivel de incompetencia, plasmado en el brutal atentado contra Carrero Blanco siendo Arias Navarro precisamente el encargado de la seguridad presidencial como Ministro de la Gobernación que era desde junio de 1973. Sin embargo, logró convertirse en sucesor de Carrera Blanco por frecuentar el citado “entorno de El Pardo”. Además, era garantía de seguridad para la familia Franco ya que Arias Navarro había estado implicado de lleno en la represión que tuvo lugar en Málaga a comienzos de los años cuarenta. De ahí que Carmen Polo consiguiera imponer a su marido, por vez primera, a alguien de su confianza, cuando Franco hubiera preferido poner a otro Almirante al frente del gobierno, como era el caso de Pedro Nieto Antúnez.

Retornando a la polémica en torno a la designación para la llamada a ser futura principal diócesis del país, resulta poco plausible pensar que se

nombrara para Madrid-Alcalá a una persona de tan sólo 53 años de edad, que era los que tenía “Don Marcelo” en aquel momento. Hay que pensar que Morcillo había sido nombrado con los 60 ya cumplidos, y que Tarancón tenía, a su vez, 64. Además, cuando se celebraron las elecciones de la Conferencia Episcopal, mientras Tarancón lograba un apoyo abrumador de los obispos para ser Presidente (apoyo que revalidaría en 1975 y 1978), González Martín no logró ser ni Vicepresidente ni Secretario. Es más, a lo largo de toda su trayectoria episcopal nunca estuvo en la cúpula de la Conferencia Episcopal, lo que llevaría a quien finalmente se hiciera con el liderazgo del sector conservador de la Conferencia Episcopal fuera el guipuzcoano Ángel Suquía, dos años mayor que González Martín.

En relación con ello, resulta interesante todo lo que aborda Serrano Oceja en relación a Suquía, Arzobispo de Madrid-Alcalá entre 1983 y 1994 (aunque pasara a llamarse a secas “Madrid” en 1991 al desglosarse la archidiócesis en tres, Madrid, Alcalá de Henares y Getafe). A pesar de ser el segundo Cardenal-Arzobispo de la diócesis capitalina, e incluso de ser Presidente de la Conferencia Episcopal entre 1987 y 1993, apenas se ha escrito sobre su persona, y el libro de Serrano Oceja nos da la posibilidad de conocer mejor su persona y también sus encontronazos con los gobiernos socialistas de la época, a pesar de que acabaron de manera amistosa cuando el Gobierno decidió financiar

la finalización de las obras de la Catedral de la Almudena. En cualquier caso, si realmente el que estaba llamado a ser Arzobispo de Madrid-Alcalá en años clave era “Don Marcelo”, como afirma Serrano Ocea, o si era Vicente Enrique y Tarancón, como afirma quien escribe estas líneas, queda en el mero debate entre los dos. Porque, hasta que se no tenga acceso un día a las seisenas de candidatos de las que salían los futuros obispos según el Convenio para presentación de obispos de junio de 1971, no se sabrá quien tiene realmente razón.

Finalmente, desde el punto de vista formal hay dos elementos que podrían mejorarse en siguientes ediciones. Queda claro que José Francisco Serrano Ocea tiene un bastante buen conocimiento de la Iglesia española del Posconcilio, pero que también el libro ha sido escrito un tanto apresuradamente. Prueba de ello es, por ejemplo, que en la página 72 afirma que el Cardenal Vidal y Barraquer falleció el 12 de septiembre de 1943, para, dos páginas después (página 74), señalar, en cambio, que Vidal y Barraquer murió el 13 de septiembre de 1943: es decir, da dos fechas diferentes para un mismo acontecimiento (la fecha acertada es el 13 de

septiembre). Hay algunas erratas más a lo largo del libro, pero se trata, en conjunto, de errores meramente formales que no deslucen un contenido, en conjunto, bastante interesante.

El segundo elemento, en un claro intento de mostrar erudición, es que Serrano Ocea cita a demasiados autores distintos, cuando, al parecer de quien escribe estas líneas, unos han escrito libros de bastante más nivel que otros. Pero deja igualmente claro que el autor del libro ha hecho un importante esfuerzo por conocer las diversas tendencias historiográficas, y que al final hace un claro esfuerzo por manifestar un importante grado de objetividad que debe ser necesariamente subrayado.

En suma, nos encontramos ante un libro muy interesante, bastante ameno para el lector (ahí se ven las claras dotes de comunicador que tiene José Francisco Serrano Ocea) y cuya publicación resulta muy oportuna para poner de manifiesto la importancia que la Iglesia Católica ha tenido en España hasta hace muy poco tiempo. Una contribución que debe realzar el debate sobre temas en ocasiones demasiado abandonados.

**PABLO MARTÍN
DE SANTA OLALLA SALUDES**

MONTERO-DÍAZ, Julio y GALDÓN, María Luisa, **Las mil primeras. Super-
numerarias del Opus Dei en España: 1945 a 1963**, Madrid: Ediciones RIALP,
2024, 499 p. ISBN: 9788432166358.

Estamos ante libro que debemos encuadrar en un conjunto de trabajos que en la última década años han abor-

dado diversos aspectos de la historia del Opus Dei, prelatura de la Iglesia católica, institución que está próxima